

SOMOS MISIÓN

Programación General del Curso 2024-25



Somos Misión

PROGRAMACIÓN GENERAL DEL CURSO 2024-25

FUNDACIÓN DIOCESANA DE ENSEÑANZA MANUEL SIUROT



FUNDACIÓN DIOCESANA DE ENSEÑANZA

MANUEL SIUROT

Abreviaturas

AG	Decreto <i>Ad gentes</i> del Concilio Vaticano II
CEC	<i>Catecismo de la Iglesia Católica</i>
CD	Decreto <i>Christus Dominus</i> del Concilio Vaticano II
EG	Exhortación apostólica <i>Evangelii gaudium</i>
EN	Exhortación apostólica <i>Evangelii nuntiandi</i>
LG	Constitución <i>Lumen Gentium</i> del Concilio Vaticano II
NMI	Carta Apostólica <i>Novo Millennio Ineunte</i>
OPD	<i>Orientaciones Pastorales Diocesanas 2022-2027</i>
RM	Encíclica <i>Redemptoris Missio</i>

Índice

Presentación 1

Jesús en la Sinagoga de Nazaret 3

Contexto eclesial de nuestra misión 9

Objetivo General del Curso 17

Metodología: Conversaciones en el Espíritu 19

Contenido: La triple tarea de la Iglesia 25

Discípulos-misioneros 31

Presentación

En el primer curso de andadura de la Fundación Diocesana de Enseñanza, nos enfocamos en el objetivo de crecer en la conciencia de que somos una comunidad que, en Cristo, estaba llamada a ser un sólo cuerpo. Y es que, como pudimos observar, dicha comunión no es fruto de los más nobles esfuerzos humanos, sino que es el gran don que el Padre nos ha hecho en Cristo, por medio de la fuerza del Espíritu Santo.

En el presente curso, vamos a dar un paso más en el desvelamiento de nuestra identidad, reafirmando, ahora, que **Somos Misión**. Como nos recuerda el Concilio Vaticano II «la Iglesia peregrinante por su naturaleza es misionera, en cuanto esta encuentra sus orígenes en la misión del Hijo y en la misión del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre» (AG 2. Cfr. AG 5.6.9.10; LG 8.13.17.23; CD 6).

En cuanto al hilo que vamos a seguir en la Programación General del Curso, comenzaremos comentando el **pasaje de Jesús en la sinagoga de Nazaret** al inicio de su ministerio público (Cf. Lc 4,16-30). Dicho pasaje nos ofrece un conjunto de rasgos de la misión que llevó a cabo Jesús y que nos pueden iluminar a la hora de entender la misión a la que el Padre nos llama por medio de Jesucristo, contando para ello con la fuerza del Espíritu Santo.

En un segundo momento, pondremos nuestra mirada sobre en el **contexto eclesial**. Dicho contexto no sólo nos ilumina, sino que nos permite integrarnos en el camino que la Iglesia, tanto universal como particular, está llevando a cabo en este preciso instante; una Iglesia que, abierta a la acción del Espíritu Santo, trata de cumplir la voluntad del Padre, llevando a término la obra de la redención de nuestro Señor Jesucristo.

En un tercer momento, una vez que tengamos bien definidos todos los elementos que configuran nuestra misión, estableceremos el **objetivo general del curso**. Dicho objetivo, pretende ofrecer un marco que oriente y unifique nuestra acción educativa-pastoral.

A continuación, explicaremos la **metodología** que vamos a emplear para establecer los objetivos para cada uno de los trimestres que, este curso, no vendrán determinados de antemano. Concretamente, emplearemos la metodología de las denominadas **conversaciones en el Espíritu**, con la que revisamos el curso pasado.

En el siguiente apartado, nos centraremos en el **contenido** de nuestra reflexión, de la que extraeremos los objetivos particulares y las diversas actividades. Y ello, lo haremos tomando uno de los sumarios sobre la vida comunitaria que aparecen en el libro de los Hechos de los Apóstoles (2,44-47), descubriendo cuáles son los elementos fundamentales que conformaban la vida de los primeros cristianos (**enseñanza, oración y ejercicio de la caridad**). De este modo, profundizaremos en aquellos puntos que deben conformar, también nuestra misión (**kerigma-martyria; liturgia; diakonia**).

En último lugar, en esta Programación General del Curso desarrollaremos los **cinco esenciales**, una serie de elementos claves para convertirnos en verdaderos **discípulos misioneros**.

Jesús en la Sinagoga de Nazaret

San Lucas en su evangelio, sitúa el inicio del ministerio público de Jesús en la sinagoga de su pueblo, Nazaret. Allí, tomando el libro del profeta Isaías leyó el siguiente pasaje: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19).

Se trata de un pasaje que nos habla de la salvación de Dios y que el pueblo estaba aguardando que se hiciera realidad. Una salvación que va dirigida, de manera especial, a quienes lo están pasando peor. En este punto es importante recordar que el pueblo de Israel en tiempos de Jesús está sufriendo, como en otras ocasiones, el pesado yugo de un imperio. Un imperio que, ante el más mínimo atisbo de rebelión, reaccionaba llevando a cabo una acción represiva despiadada. Asimismo, asfixiaba a los territorios conquistados con una carga impositiva que condenaba a las clases más humildes a vivir en la más absoluta pobreza.

En este contexto, Jesús no solo anuncia la voluntad de Dios de salvar a su pueblo, sino que indica que dicha salvación se lleva a cabo de manera particular y concreta en su persona.

Es más, algunos han visto en estas palabras de Jesús, tomadas del profeta Isaías, una especie de discurso programático, es decir, la síntesis del contenido de la misión que Jesús está a punto de realizar. Para entender a qué nos estamos refiriendo desarrollaremos algunas notas que están contenidas en el texto y que nos pueden ayudar para iluminar la Programación General de este Curso 2024-25.

La evangelización es la gran obra del Espíritu Santo

Lo primero que afirma Jesús es que el **Espíritu Santo** está sobre él. Jesús no ha venido a cumplir su voluntad sino a dejarse conducir por el Espíritu Santo que lo invade por completo. De hecho, unos versículos antes, en su bautismo, podemos comprobar como el Espíritu Santo viene sobre Jesús, estableciendo en él una morada permanente (cf. Lc 3,22; Mt 3,16; Mc 1,10; Jn 1,33). A partir de ese momento, toda su vida estará al servicio de las inspiraciones del Espíritu Santo. Incluso, en el pasaje anterior al que estamos analizando se nos dice que es el mismo Espíritu empujó a Jesús al desierto para ser tentado (cf. Lc 4,1-2).

De manera particular, cuanto hemos dicho sobre el Espíritu Santo en relación a Jesús, nos recuerda que la misión, la evangelización, el anuncio de la Buena Noticia es la gran obra del Espíritu Santo. Del mismo modo que, la Iglesia nace como un don del Espíritu Santo (cf. Jn 19,30; 20,22; Hch 2,1-4), toda su obra, es continuación del ministerio de salvación inaugurado por Cristo, bajo la guía del Espíritu Santo.

Por tanto, no es posible ser misioneros, más que abriéndonos a la acción del Espíritu Santo, ya presente en nosotros por el bautismo. Se trata de dejarnos penetrar por su presencia, dejando que éste entre hasta lo más íntimo de nuestro ser, para que, de este modo, pueda renovar todo en nosotros.

Fijémonos por un momento en María, modelo e imagen de la Iglesia. El ángel Gabriel en el relato de la anunciación la saluda refiriéndose a ella como la "llena de gracia", como aquella que ha sido completamente transformada por la gracia. Podríamos decir, al respecto, que María ha sido, toda ella, sin resistencias, habitada por el Espíritu Santo, haciéndola Madre de nuestro Señor Jesucristo.

Pues bien, pidámosle a nuestra Madre del cielo para que cada uno de nosotros podamos dejarnos habitar completamente por el Espíritu Santo, que nos abramos a una nueva efusión del Espíritu Santo que nos lance a la misión y que pueda seguir engendrando a Jesús en tantos hermanos nuestros (cf. Gál 4,19).

El anuncio se realiza en un clima de oración, donde está presente la Santísima Trinidad

Hemos visto como Jesús, acude como el resto de devotos judíos a rezar a la sinagoga de su pueblo el Sabbath. Por tanto, el inicio de su misión, como en tantas ocasiones durante su ministerio público, se realiza en un clima de oración. Jesús no se lanza sin más a la tarea, sino que busca realizar la voluntad de su Padre.

Si antes hemos visto que es el Espíritu el que ha hecho morada en Jesús, ahora entendemos que éste lo guía por los caminos que nacen de la voluntad salvífica del Padre. Y es que, la misión consiste en una acción que lleva a cabo toda la Trinidad, siendo el Hijo el primer misionero que fue enviado por el Padre bajo la acción del Espíritu Santo para redimirnos del pecado y de la muerte. Precisamente, para salvarnos, cuando llegó la plenitud de los tiempos la segunda persona de la Santísima Trinidad se hizo hombre por obra del Espíritu Santo (cf. Gál 4,4-5).

Así, al igual que en el acto de la creación, donde el Padre crea por medio de la Palabra, que es el Hijo, con el aliento del Espíritu Santo; en el acto de nuestra redención está presente la Trinidad. Por ello glorificamos a Dios porque si de manera admirable nos creó, de manera aún más admirable nos redimió.

Es una buena noticia para los más necesitados

Siguiendo con el análisis de la perícopa, podemos observar como la misión que Jesús anuncia que va a llevar a cabo implica, ante todo, la voluntad de acercar la Buena Noticia a todos aquellos que están más necesitados. De hecho, si analizamos la labor de Jesús, observamos que en gran medida se sintetiza en el siguiente versículo que el mismo Lucas, en su segundo libro de los Hechos de los Apóstoles, nos ofrece: «Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hch 10,38).

Por tanto, Jesús no sólo anunció con su palabra el Reino de Dios, sino que lo llevó a la práctica realizando numerosos gestos de liberación. Por ello, la tarea de la nueva evangelización sólo se podrá realizar repitiendo lo que Jesús llevó a cabo (cf. Jn 14,12-17). En este sentido, hemos de ir más allá de una hermosa filantropía que se agota donde terminan nuestras fuerzas, pero que no hace presente el poder liberador y sanador de Dios. Recordemos como el Papa Francisco, en numerosas ocasiones nos ha hablado del peligro del neopelagianismo, tan presente en nuestra Iglesia. Ello hace que nuestras instituciones eclesiales, también las educativas, se conviertan en espacios donde la fe se acaba convirtiendo en un aspecto residual, predicando a un dios hecho a nuestra imagen y semejanza, que no puede salvar ni redimirnos del pecado y de la muerte. Por todo ello, si lo que nosotros programamos solo tiene en cuenta lo que podemos realizar con nuestras propias fuerzas, dicha programación, podemos afirmar que no es de Dios, y, por tanto, está llamada a ser caduca y estéril.

Jesús tiene algo que enseñarnos que es tremendamente novedoso

Cuando a Jesús le llegó el turno de hacer la lectura, hemos visto que tomó un texto del Antiguo Testamento, concretamente, del libro del profeta Isaías. Sin embargo, no leyó todo lo que su auditorio estaba esperando escuchar. Concretamente, omitió la parte final en la que, tras el anuncio del año de gracia, se señalaba que habría un día de venganza declarado contra los enemigos de Israel. Esto es lo que después se conocerá como el denominado *dies irae*, que, en la Edad Media dio lugar a la composición de un famoso himno que se usaba en la misa de Requiem.

Así pues, Jesús anuncia que Dios va a llevar a cabo el plan de salvación, sin destruir a ningún enemigo. Su lucha es contra el pecado, no contra el pecador (cf. Sal 103 [102],12). Esta es la inmensa novedad que Jesús nos enseña y que sólo se comprende desde las claves de la mansedumbre y de la humildad (cf. Mt 11,29; Flp 2,1-11); de quienes como Jesús se hacen pequeños (cf. Mt 5,3).

Bojo el signo de la cruz, fuente de la verdadera alegría: el Kerygma

Esta enseñanza tan novedosa por parte de Jesús, según la cual Dios quiere redimir a toda la humanidad del pecado y de la muerte es, precisamente, la que nos introduce en el misterio central de lo que estamos llamados a anunciar, lo que los primeros cristianos denominaron el **kerygma**. La palabra griega "kerygma", utilizada en el Nuevo Testamento para la difusión pública de una verdad o un mensaje recibido de Dios, en realidad significa "proclamación"; se usaba para la proclamación en voz alta de algo extremadamente importante, como los emperadores de la antigüedad a veces ordenaban en las grandes plazas de las ciudades. El contenido de la proclamación y el comienzo de toda existencia cristiana es: "Jesucristo como Señor" (2 Cor 4,5).

El Papa Francisco describe la primera proclamación con la que comienza todo, con las palabras: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte». (EG 164). Además sigue explicando el Papa que «el kerygma es trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre». (EG 163).

En el Nuevo Testamento encontramos algunas síntesis del kerygma (cf. Lc 24,46-48; Hch 2,23-24.32), en las que se repiten una serie de elementos fundamentales. El primero de ellos es que **Jesús** ha muerto por todos nosotros en la cruz, para librarnos para siempre del pecado y de la muerte. En un segundo momento se narra la intervención del **Padre**, que lo resucitó de entre los muertos con la fuerza del **Espíritu Santo**. Finalmente, se anuncia como los apóstoles y primeros cristianos han sido testigos de todo ello.

Aceptar que el misterio de la salvación se realiza por medio del escándalo de la cruz (cf. 1 Cor 1,18-25) no es sencillo. Por ello Jesús tiene que abrirnos el entendimiento como hizo con los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,25-27) y con los mismos apóstoles para que

entendieran que el Mesías tenía que padecer y dar su vida en rescate por muchos (cf. Lc 24,45).

Volviendo al pasaje de partida, es precisamente, cuando Jesús invita a sus contemporáneos a aceptar que la salvación de Dios no incluye ningún tipo de violencia, cuando estos terminan expulsándolo de la Sinagoga e, incluso, tratan de terminar con su vida, pero no pudieron, porque él se abrió paso en medio de ellos.

Así pues, vemos en esta última parte de la perícopa que Jesús nos anuncia que la misión se desarrollará bajo el signo de la cruz, que no es fuente de muerte, sino de auténtica vida.

Resumen

Retomando cuanto hemos dicho hasta ahora, podemos afirmar, pues, que:

- a) La misión es la gran obra del **Espíritu Santo**;
- b) cuya acción hemos de acoger en un clima de **oración**, tratando de discernir cuál es la voluntad del Padre;
- c) acompañando nuestro anuncio con **gestos de liberación**;
- d) con un anuncio explícito del **Kerygma**, configurándonos con Cristo, manso y humilde de corazón;
- e) para poder abrazarnos a la **cruz**, fuente de verdadero gozo y alegría.

Contexto eclesial de nuestra misión

Llamada del Papa Francisco a la misión

Podemos decir que una de las características más sobresalientes del pontificado del Papa Francisco está siendo su insistencia para que la Iglesia recupere la necesaria tensión misionera que la debe caracterizar. Recordemos como la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, que aborda el anuncio del evangelio en el mundo actual y escrita en los comienzos de su pontificado, ha supuesto un importante impulso para que la Iglesia retome el mandato misionero que el Señor nos encomendó (cf. Mt 28,19).

El Papa Francisco nos ha recordado que «la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia» (EG 15). Para ello, nos ha invitado a adoptar el estilo de una Iglesia en salida que quiere :

«ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: “¡Dadles vosotros de comer!” (Mc 6,37)» (EG 49).

Además, «si la Iglesia entera asume este dinamismo misionero, debe llegar a todos, sin excepciones. Pero ¿a quiénes debería privilegiar? Cuando uno lee el Evangelio, se encuentra con una orientación contundente: no tanto a los amigos y vecinos ricos sino sobre todo a los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados, a aquellos que “no tienen con qué recompensarte” (Lc 14,14). No deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre, los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio, y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos». (EG 48)

Por otro lado, el Papa Francisco continúa el impulso misionero llevado a cabo por el Concilio Vaticano II, iniciado por el Papa san Juan XXIII, quien introdujo en la Iglesia un verdadero proceso de *aggiornamento*, es decir, un camino que invitaba a toda la Iglesia a mirar al mundo que la rodeaba para anunciar de manera más eficaz la Buena Noticia. Posteriormente, el Papa san Pablo VI con el que se clausuró el concilio, en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, volverá a abordar lo que el concilio había recogido, y que implicaba reconocer que la misión es la vocación propia de la Iglesia, que existe para evangelizar (cf. EN 14). También san Juan Pablo II, conocido como Papa misionero, supo comunicar, como pocos, la alegría misionera, especialmente, entre los más jóvenes. De manera especial, en su encíclica *Redemptoris missio*, nos recordará como «la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola! La nueva evangelización de los pueblos cristianos hallará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal» (RM 2). Asimismo, insiste san Juan Pablo II en el hecho de que la Iglesia en su misión evangelizadora está llamada a inspirar el movimiento ecuménico que aborda la unidad de todos los cristianos (cf. RM 2.50), así como el necesario diálogo interreligioso, ya abordado en el Concilio Vaticano II en la declaración *Nostra aetate*.

Finalmente, el Papa Benedicto XVI en su exhortación apostólica post sinodal *Verbum Domini* nos recordó la importancia que tiene la Palabra

de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia. De manera insistente nos ofreció numerosos ejemplos del necesario diálogo fe-cultura, entendiendo que la verdadera evangelización implica la transformación de la cultura. Por otro lado, esta convicción ya la había expresado Pablo VI en *Evangelii nuntiandi* cuando afirmaba que «la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas» (EN 20).

En fin, la llamada a la misión, si bien es uno de los líneas de fuerza del pontificado del Papa Francisco, éste no ha hecho más que continuar con la dinámica que el Espíritu Santo ya estaba impulsando en toda la Iglesia a través del magisterio de los últimos Papas, que tomaron el testigo de la renovación que supuso el Concilio Vaticano II. Todo ello, ha dado como fruto multitud de carismas dentro de la Iglesia y otros que siguen naciendo. También nuestra comunidad educativa está llamada a dejarse transformar por el impulso de renovación que el Espíritu Santo está llevando en el seno de su Iglesia para que la Buena Noticia sea conocido por todos.

Nuestro Obispo nos llama a la misión

También, nuestro obispo D. Santiago en las *Orientaciones Pastorales Diocesanas* hace hincapié en que nuestra misión, como diócesis de Huelva, es evangelizar, con un único programa que es Cristo. Así, «no se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste» (NMI 29). Y es que, «no puede haber auténtica evangelización sin la proclamación explícita de que Jesús es el Señor», y sin que exista un «primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización» (Juan Pablo II, *Ecclesia in Asia*; citado por el Papa Francisco en EG en el número 110, y recogido por nuestro Obispo en el número 44 de las OPD).

En la parte introductoria de las *Orientaciones Pastorales Diocesanas*, en la que analiza el contexto cultural y eclesial de nuestra misión, nos

recuerda D. Santiago, citando el discurso pronunciado por el Papa Francisco en Estrasburgo el 27 de noviembre de 2014, que «se trata de adquirir un diálogo pastoral sin relativismos, que no negocia la propia identidad cristiana, sino que quiere alcanzar el corazón del otro, de los demás distintos a nosotros, y allí sembrar el evangelio». Y, todo, descubriendo la alegría que supone evangelizar (cf. ODP 23), viviendo una intensa unidad eclesial (cf. OPD 24), ejerciendo una pastoral de la misericordia (cf. OPD 28), bajo el signo de la cruz (cf. OPD 30) y con la mirada puesta en vida eterna (cf. OPD 35-37).

Concretamente, en la primera línea de trabajo, denominada, acrecentar nuestra responsabilidad misionera, nuestro Obispo, dirigiéndose a los colegios católicos, nos recuerda que debemos intensificar un movimiento de misión evangelizadora (cf. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, 28 de diciembre de 1997). Las escuelas católicas tienen que ser a la vez lugares de educación integral cristiana, que incluye la evangelización, la inculturación y el necesario aprendizaje para vivir cristianamente en un contexto pluricultural y con frecuencia agresivo para la fe (cf. Congregación para la Educación Católica, *Educación al diálogo intercultural en la escuela católica. Vivir juntos para la civilización del amor*, 28 de octubre de 2013). El educador cristiano educa y evangeliza, pues Jesucristo es modelo y fundamento de una personalidad verdaderamente humana. Los titulares de los colegios católicos tienen que sentirse partícipes de la acción misionera no sólo de su Congregación sino también de la Iglesia diocesana. Se debe procurar que el trabajo pastoral del colegio esté coordinado con la acción educativa y catequética de la parroquia y de la pastoral diocesana» (OPD 55).

Para todo ello, es clave, como se nos recuerda en la segunda línea de trabajo de las Orientaciones Pastorales Diocesanas, proporcionar oportunidades para experimentar una auténtica comunidad eclesial. Tal y como vimos y trabajamos el año pasado en nuestra Programación General, “somos comunidad”; una comunidad que nace del costado abierto de Cristo y que es la Iglesia, para anunciar a todos los hombres el misterio de nuestra redención. De tal manera que, muchos de nuestros alumnos no tendrán otra oportunidad de

conocer la Iglesia y de recibir de ella la Buena Noticia de Jesucristo, más que a través de nuestra comunidad educativa. Por ello, tenemos la ineludible responsabilidad de mostrarles el rostro de Cristo, manteniendo, para ello, el vínculo de la unidad (cf. Jn 17,21).

Y, todo ello, para tener una presencia misionera en la vida pública, como señala la tercera línea de trabajo de las *Orientaciones Pastorales Diocesanas*. De hecho, nos recuerda D. Santiago, que «para que la Iglesia tenga una presencia vigorosamente misionera son necesarios educadores cristianos, convencidos de que educar es evangelizar y evangelizar es educar. Decía nuestro admirado Manuel Siurot: Qué es educar. Educar es formar hombres buenos. No exigimos una cultura extensa, sino una cultura moral, religiosa, humana. Desde el punto de vista cristiano, sólo Jesucristo es modelo y fundamento de una personalidad verdaderamente humana. Los profesores han de considerarse educadores cristianos, testigos de la fe de la Iglesia. Los maestros y profesores, tanto de los centros católicos como de los colegios públicos, conscientes de la misión que tienen encomendada, deben cuidar su experiencia de fe y esforzarse por su formación cristiana, para poder ser testigos y maestros del diálogo fe-cultura desde la experiencia y la antropología cristianas. Tienen que estar dispuestos a derrochar generosidad, empleando tiempo en la formación humana y cristiana de los alumnos.» (OPD 75).

«Muy particularmente, sin obsesiones, pero sí con una buena fundamentación en la antropología católica, los padres, los colegios católicos o de inspiración cristiana y también las parroquias tienen que ser capaces de formar a las nuevas generaciones en lo referente a la educación afectivo-sexual, al matrimonio y a la familia, al aborto y a la eutanasia.» (OPD 76).

Finalmente, nuestro Obispo nos recuerda en la cuarta línea de trabajo, que todo ello, es imposible llevarlo a cabo solos, necesitamos de la fuerza del Espíritu Santo que nos llama a la santidad y a la misión. San Juan Pablo II afirmaba que la llamada a la misión deriva de por sí de la llamada a la santidad. «Cada misionero, lo es auténticamente, si se esfuerza en el camino de la santidad» (RM 90).

Año jubilar

El Papa Francisco ha convocado un nuevo año jubilar para toda la Iglesia. Así, durante el año 2025, bajo el lema Peregrinos de la Esperanza, los católicos, unidos al sucesor de Pedro, hemos sido llamados a proclamar al mundo entero aquella esperanza que no defrauda y que es Cristo resucitado.

Como todo año jubilar se trata de un tiempo en el que poder experimentar la santidad de Dios que nos transforma. Un tiempo de gracia que comienza con la apertura de la denominada Puerta Santa, que es el signo más característico, que expresa la decisión del peregrino de seguir y de dejarse guiar por Jesús, que es la puerta de nuestra salvación (cf. Jn 10).

Para ganar el jubileo, y la indulgencia que este conlleva, la Iglesia nos pide que peregrinemos a uno de los lugares establecidos, que pueden ser una de las cuatro basílicas mayores en Roma, o también, en la Diócesis, tanto la Catedral como uno de los cuatro santuarios marianos elegidos al respecto, uno por cada vicaría territorial: el Santuario de la Virgen de la Cinta en la Vicaría de la Ciudad; el Santuario de la Virgen del Rocío en la Vicaría del Condado; el Santuario de Nuestra Señora de la Peña en la Vicaría del Andévalo y de la Costa; y el Santuario de la Reina de los Ángeles en la Vicaría de la Sierra y de la Mina.

En cada uno de esos lugares, tendremos la oportunidad de confesar, de comulgar y de orar por las intenciones del Papa. De este modo, ganaremos la denominada indulgencia plenaria, que puede ser solicitada por el propio peregrino o por algún difunto. Dicha indulgencia es una manifestación concreta de la misericordia de Dios, que supera los límites de la justicia humana y los transforma. Concretamente, «la indulgencia es la remisión ante Dios de la pena temporal por los pecados, ya perdonados en cuanto a la culpa, que un fiel dispuesto y cumpliendo determinadas condiciones consigue por mediación de la Iglesia, la cual, como administradora de la redención, distribuye y aplica con autoridad el tesoro de las satisfacciones de Cristo y de los santos». (CEC 1471)

Aquellos que, por enfermedad u otra causa, no puedan realizar la peregrinación están invitados, de todos modos, a tomar parte del movimiento espiritual que acompaña a este Año, ofreciendo su sufrimiento y su vida cotidiana y participando en la celebración eucarística.

A nivel diocesano se están preparando un conjunto de actividades, con un marcado espíritu misionero, de Iglesia en salida, que acerque de manera especial, la esperanza que no defrauda a todos nuestros hermanos, creyentes y no creyentes.

Objetivo general del Curso

Cuanto hemos desarrollado hasta ahora, quiere ser reflejado en un objetivo general que nos ayude a trazar una senda que juntos podamos recorrer, de la mano del Espíritu Santo:

Renovar en nuestra comunidad educativa la llamada que el Señor nos hace a ser discípulos misioneros, acogiendo la fuerza del Espíritu Santo como fuente que nos impulsa a la misión, anunciando la Buena Noticia de Jesús a tiempo y a destiempo.

Es importante que tengamos presente que la fuerza que nos impulsa a la misión no es nuestra sino que viene de Dios, la fuerza del Espíritu Santo. En este sentido, el libro de los Hechos de los Apóstoles, que narra la misión de la Iglesia en sus inicios, cuenta con un único protagonista: el Espíritu Santo. Por tanto, no podemos llevar a cabo dicha tarea más que dejándonos impulsar por él, tal y como hemos visto, que hizo el mismo Jesús.

Por otro lado, a veces podemos pensar que para alcanzar la condición de misioneros tenemos que gozar de una cuidada preparación. En cambio, observamos como en el evangelio, Jesús, durante su ministerio público, envió ya a sus discípulos para que hicieran presente la fuerza liberadora del reino de Dios (cf. Mt 10,1-14; Mc 6,7-11; Lc 10,1-11). Por tanto, la misión no es algo que sobreviene a nuestra condición de discípulos cuando hemos alcanzado cierto nivel de preparación, sino que es un rasgo inherente del seguidor del Señor. Esta vocación misionera propia de todo discípulo, ha sido sintetizada por nuestro Papa Francisco de manera brillante mediante la expresión “discípulos misioneros”.

En tercer lugar, para completar el contenido de nuestro objetivo general, hemos de ser conscientes de que somos transmisores de una Buena Noticia, que es Jesucristo. Quiere decir que uno de los signos

más importantes de nuestra tarea ha de ser la alegría. El mismo Siurot nos recuerda que toda la enseñanza en las Escuelas de Sagrado Corazón debían estar impregnadas de tan importante cualidad: «Maestro alegre, enseñanza alegre, luz, aire y alegría en la escuela, producen alegría en el niño, sin la que toda la enseñanza es incompatible y mala» (Siurot, *Cada Maestrillo...*, p. 75).

Además, todo ello lo hacemos basándonos en:

1. la **relación con Cristo**, modelo de promoción humana y de crecimiento en libertad y responsabilidad;
2. una educación que tiene como meta el **compromiso personal a favor de la justicia y de los derechos de los más vulnerables** de nuestro entorno;
3. la importancia del **diálogo entre la fe y la cultura**;
4. la **atención individualizada**, valorando, ante todo, y, sobre todo, a la persona;
5. el **trabajo en común y la comunicación estrecha** entre todos y cada uno de los miembros de la comunidad educativa;
6. la necesaria **actualización y formación permanente**.

Metodología:

Conversaciones en el Espíritu

Como hemos podido comprobar en el apartado anterior, este año no se nos ofrece en la Programación General del Curso los objetivos particulares ni por trimestres, ni divididos teniendo en cuenta los diversos miembros de la comunidad educativa (profesores, alumnos y familias). Este año los objetivos y las actividades son tarea de todos. Para realizarlo, nos basaremos en la dinámica propia de una **Iglesia sinodal**, caracterizada por la **participación, la comunión y la misión**.

Además, en el plano más práctico, emplearemos la metodología de las denominadas conversaciones en el Espíritu, que ya utilizamos el curso pasado para llevar a cabo la revisión.

Definición de conversación en el Espíritu

La conversación espiritual se centra en la calidad de la capacidad de escucha, así como en la calidad de las palabras pronunciadas. Esto significa prestar atención a los movimientos espirituales en uno mismo y en la otra persona durante la conversación, lo que requiere estar atento a algo más que a las palabras expresadas. Esta cualidad de la atención es un acto de respeto, acogida y hospitalidad hacia los demás tal y como son. Es un enfoque que toma en serio lo que ocurre en el corazón de los que conversan. Hay dos actitudes necesarias que son fundamentales en este proceso: **escuchar activamente y hablar desde el corazón**.

El objetivo de la conversación espiritual es crear una atmósfera de confianza y acogida, para que las personas puedan expresarse con mayor libertad. Esto les ayuda a tomar en serio lo que ocurre en su interior al escuchar a los demás y al hablar. En última instancia, esta atención interior nos hace más conscientes de la presencia y la participación del Espíritu Santo en el proceso de compartir y discernir.

La conversación espiritual se centra en la persona a la que escuchamos, en nosotros mismos y en lo que experimentamos a nivel espiritual. La pregunta fundamental es: "¿Qué está pasando en la otra persona y en mí, y cómo está actuando el Señor al respecto?"

La escucha activa

Mediante la escucha activa, el objetivo es intentar comprender a los demás tal y como son. No sólo escuchamos lo que la otra persona dice, sino también lo que quiere decir y lo que puede estar experimentando a un nivel más profundo. Esto significa escuchar con un corazón abierto y receptivo.

Esta forma de escuchar es "activa" porque implica prestar atención a más de un nivel de expresión del otro. Para ello, hay que participar activamente en el proceso de escucha.

Escuchamos al otro mientras habla y no nos centramos en lo que vamos a decir después.

Acogemos, sin juzgar, lo que dice la otra persona, yendo más allá de lo que pensemos de ella o de lo que haya dicho. Cada persona es experta en su propia vida. Debemos escuchar de manera que estemos "más dispuestos a dar una buena interpretación a lo que el otro dice que a condenarlo como falso" (*Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, n. 22).

Debemos creer que el Espíritu Santo nos habla a través de la otra persona. Acoger sin prejuicios es una forma profunda de acoger al otro en su radical singularidad. Escuchar activamente es dejarse influir por el otro y aprender de él.

La escucha activa es exigente porque requiere humildad, apertura, paciencia e implicación, pero es una forma eficaz de tomar en serio a los demás.

Hablar desde el corazón

Esto significa expresar con sinceridad la propia experiencia, los sentimientos y los pensamientos. Implica hablar de la propia experiencia y de lo que uno piensa y siente de verdad.

Nos responsabilizamos no sólo de lo que decimos, sino también de lo que sentimos. No culpamos a los demás de lo que sentimos.

Compartimos la verdad tal y como la vemos y la vivimos, pero no la imponemos. Hablar desde el corazón es ofrecer un regalo generoso al otro, a cambio de ser escuchado activamente.

Este proceso se enriquece enormemente con una práctica personal regular de autoexamen en oración. Sin un hábito de discernimiento y conocimiento de uno mismo y de cómo Dios está presente en la propia vida, no se puede escuchar ni hablar activamente desde el corazón.

Actitudes deseadas para la conversación espiritual

Para llevar a cabo una conversación en el Espíritu hemos de cultivar las siguientes actitudes:

- Escuchar activa y atentamente.
- Escuchar a los demás sin juzgarlos.
- Prestar atención no sólo a las palabras, sino también al tono y los sentimientos del que habla. Evitar la tentación de utilizar el tiempo para preparar lo que vas a decir en lugar de escuchar.
- Hablar con intención.
- Expresar tus experiencias, pensamientos y sentimientos con la mayor claridad posible.
- Escuchar activamente, teniendo en cuenta tus propios pensamientos y sentimientos mientras hablas.

Llevar a cabo una conversación espiritual: Pasos básicos

Tiempo estimado: 2 horas aproximadamente

1. **Preparación:** Antes de acudir a la reunión del grupo, los participantes llevan a cabo un tiempo de oración y reflexión personal sobre el tema en cuestión. Por lo general, se proporciona información de fondo, así como algunos puntos y preguntas para la oración. Se puede reservar un tiempo adecuado de entre 30 minutos y 1 hora para ello. Al final del momento de oración, los participantes hacen un balance de sus frutos y deciden qué van a compartir con el grupo.
2. **Reunión:** Lo ideal es que cada grupo esté formado por unas 6-8 personas. Se nombra un **facilitador** para la reunión del grupo y éste da la bienvenida a todos los participantes. Se dice una oración de apertura y cada persona puede compartir una o dos palabras que describan su estado interior en ese momento. El facilitador también puede recapitular brevemente la secuencia de pasos como se indica a continuación. Por lo general, también se solicitan voluntarios para tomar notas y controlar el tiempo.
3. **La primera ronda:** Cada persona se turna para compartir lo que ha sucedido durante el tiempo de oración personal y comparte los frutos de su oración. Todos tienen el mismo tiempo para hablar (por ejemplo, 3 minutos). El objetivo es escucharse unos a otros en lugar de limitarse a pensar en lo que uno quiere decir. Se invita a los participantes a abrir sus corazones y mentes para escuchar a quien está hablando, y estar atentos a cómo se mueve el Espíritu Santo. Entre cada persona, el grupo puede hacer una breve pausa para asimilar lo que se ha dicho. Durante esta ronda no hay discusiones ni interacciones entre los participantes, excepto para pedir aclaraciones sobre una palabra o frase si es necesario.
4. **Silencio:** Se guarda un tiempo de silencio, durante el cual los participantes atienden a cómo se han sentido durante la primera

ronda, qué les ha impactado al escucharla y cuáles han sido los puntos notables de consuelo o desolación, si los hay.

5. **La segunda ronda:** Los participantes comparten lo que ha surgido en su interior durante el tiempo de silencio. Nadie está obligado a hablar, y los participantes pueden compartir espontáneamente sin ningún orden en particular. No es un momento para discutir o refutar lo que otro dice, ni para sacar a relucir lo que los participantes olvidaron mencionar en la primera ronda. Es más bien una oportunidad para responder a preguntas como:
 - ¿Cómo me ha afectado lo que he escuchado?
 - ¿Hay un hilo conductor en lo que se ha compartido? ¿Falta algo que esperaba que se dijera?
 - ¿Me ha conmovido especialmente alguna de las intervenciones?
 - ¿He recibido alguna visión o revelación en particular? ¿De qué se trata?
 - ¿Dónde he experimentado una sensación de armonía con los demás al compartir con ellos?

Esta segunda ronda permite al grupo darse cuenta de lo que les une. Es aquí donde comienzan a manifestarse los signos de la acción del Espíritu Santo en el grupo, y la conversación se convierte en una experiencia de discernimiento compartido.

6. **Silencio:** Se guarda otro tiempo de silencio para que los participantes observen cómo se han sentido durante la segunda ronda y, en particular, qué puntos clave parecen estar surgiendo en el grupo.
7. **La tercera ronda:** Los participantes comparten lo que ha surgido del tiempo de silencio anterior. También pueden tomar nota de las formas en que el Espíritu Santo puede estar movilizándolo al grupo. Una oración de agradecimiento puede concluir la conversación.
8. **Revisión e informe:** Por último, el grupo puede repasar y reflexionar brevemente sobre el desarrollo de la conversación y decidir cuáles son los puntos principales de la misma.

La conversación en el Espíritu

Una dinámica de discernimiento en la Iglesia sinodal



El contenido:

La triple tarea de la Iglesia

Para llevar a cabo la Programación del Curso, bajo el lema “Somos Misión”, vamos ahora a fijarnos en la triple tarea que la Iglesia está llamada a realizar. Este será el contenido previo a trabar antes de llevar a cabo las denominadas conversaciones en el Espíritu. Y es que, «la naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: **anuncio de la palabra de Dios** (*kerigma-martyria*), **celebración de los Sacramentos** (*leiturgia*) y **servicio de la caridad** (*diakonia*)». (OPD 71)

Además, es importante que entendamos que la misión implica la realización de todos y cada uno de los elementos. Imaginemos por un momento que tenemos que llevar a cabo una receta de cocina, que contiene tres ingredientes. Si dejásemos de lado alguno de los ingredientes, no es lógico esperar que el resultado sea el previsto. Igualmente, si a nuestra misión le falta alguno de los elementos que vamos a señalar, el resultado no será el esperado por el Señor.

Precisamente, esto es lo que aparece contenido en uno de los sumarios de la vida de los primeros cristianos, según se nos narra en el libro de los Hechos de los Apóstoles. En dicho sumario, con el que abríamos el año pasado nuestra Programación Anual, está enumerada la triple tarea de la Iglesia. Vamos a leer en primer lugar el texto, para posteriormente comentar cada uno de sus elementos.

«Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día fueron agregadas unas tres mil personas. Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando.» (Hch 2,41-47)

El anuncio de la palabra de Dios (*kerigma-martyria*).

El sumario que estamos comentando está precedido por el anuncio que hace Pedro, en nombre de toda la comunidad, a cuantos estaban congregados el día de Pentecostés. Dicho anuncio consistió en lo que se denomina en la Iglesia como el kerygma (cf. Hch 2,14-36). Además, se trató de un anuncio que a muchos les traspasó el corazón (cf. Hch 2,37), al igual que le ocurriera a los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,32). Y, así, una vez que la Palabra había resonado en lo profundo de su corazón, inflamándolo del amor de Dios, surgió la necesidad de preguntar: “¿Qué tenemos que hacer hermanos?” La respuesta no se hizo esperar por parte de Pedro: «Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo.» (Hch 2,38).

De este modo, podemos constatar como la Palabra, que es Jesús mismo, juega un papel fundamental en la misión de la Iglesia; una Palabra que nos ha sido transmitida por medio de la enseñanza de los apóstoles. Por eso, se nos dice en el sumario que estamos comentando que los primeros cristianos, **perseveran en la enseñanza de los apóstoles**, profundizando en dicho mensaje, actualizándolo como un acontecimiento salvífico y dando testimonio (*martyria*) del mismo.

Por ello, a la hora de llevar a cabo nuestra misión, lo primero que tenemos que hacer es ponernos a la escucha de la Palabra de Dios, interpretada a la luz de la Tradición de la Iglesia de la que son garantes los apóstoles y sus sucesores, para que esta nos toque y nos transforme el corazón (cf. Ez 36,25-27). Sólo entonces podremos anunciar la Buena Noticia. Al respecto, en la ordenación de los diáconos cuando se les hace entrega de la Palabra de Dios se les dice: “Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; convierte en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo, y cumple aquello que has enseñado”. También cada uno de nosotros como enviados por el Señor a anunciar su Palabra, estamos llamados a convertir en fe viva lo que leemos, para poder enseñarlo, convirtiéndonos en modelo de lo que predicamos.

Preguntas para la reflexión personal:

¿Qué lugar ocupa en mi día a día la Palabra de Dios? ¿La guardo y la medito en mi corazón como María (cf. Lc 2,19,51)? ¿La leo a la luz de la enseñanza de los apóstoles? ¿De qué manera podría acercar la Palabra de Dios a los alumnos, siendo testigo de la misma?

Celebración de los Sacramentos (*leiturgia*)

Si prestamos nuevamente atención al sumario recogido en el libro de los Hechos de los Apóstoles descubrimos que la oración y la fracción del pan están muy presentes en la vida de los primeros cristianos. Se nos dice «con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo» (Hch 2,46-47).

También, cada uno de nosotros, estamos llamados a perseverar, no sólo en la enseñanza de los apóstoles, sino también en el espíritu de oración, recibiendo, a menudo, la gracia que se nos dan en los sacramentos, especialmente, en la fracción del pan, en la eucaristía. No es posible evangelizar sin una vida de oración, sin recibir la gracia que nos es dada en los sacramentos. Y es que, nadie puede dar lo que no tiene.

Manuel Siurot no concebía que un maestro pudiera serlo y no frecuentase la eucaristía. De hecho, consideraba que la Eucaristía debía ser fuente ineludible de educación, en primer lugar, para el maestro. Asimismo, indicaba que cuando la eucaristía es vivida como lo que es, es decir, como auténtica acción de gracias, necesariamente se convierte en germen que impulsa a los maestros a ser «apóstoles y mártires capaces de repartir a sus alumnos el corazón como una eucaristía paternal» (Siurot, *Cada Maestrillo...*, 1927, p.2).

Finalmente, se nos dice que alababan a Dios. También es clave que cada uno de nosotros, y también como comunidad educativa, elevamos un cántico de alabanza a Dios por todos los dones que cada día recibimos de sus manos bondadosas.

Preguntas para la reflexión personal:

¿Qué lugar ocupa la oración en mi configuración de discípulo misionero? ¿Frecuento los sacramentos, encontrando en ellos, la fuerza que me impulsa en mi labor como docente-cristiano? ¿Trato de fomentar en los alumnos un espíritu de oración, de participación en los sacramentos y de alabanza?

Servicio de la caridad (*diakonia*)

Teniendo una vez más presente el sumario del libro de los Hechos de los Apóstoles que estamos analizando, descubrimos que hay un tercer y último elemento clave en la tarea de la Iglesia. Nos referimos al servicio de la caridad (*diakonia*). Al respecto se nos indica como «los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (Hch 2,44-45).

Como hemos indicado al inicio de este capítulo, los tres elementos conforman una unidad indisociable. De tal manera que, sin un ejercicio explícito de la caridad, la Iglesia no puede llevar a cabo su tarea, ni puede realizar un anuncio íntegro de la Buena Noticia.

Una caridad que, en nuestro caso de maestros-docentes, se hace patente en el amor sacrificado. Y es que, un maestro sacrificado —como nos recuerda Siurot— es el que mejor realiza la obra educadora, porque imita a Cristo. «Sacrificio es Jesús, su vida, su Eucaristía, su calvario [...] No hay heroísmo que no lo tenga, ni maternidad que no se nutra de él, ni magisterio que no se alimente de su esencia» (Siurot, *Cada Maestrillo...*, 1929, p. 307). Efectivamente, el modelo más claro y evidente de maestro sacrificado es Cristo. Su pedagogía es actuar ante las injusticias y pecados del hombre con sacrificio, motivado por el amor. Por eso, Siurot, tras descubrir el comportamiento de Cristo, dice: «Eso es pedagogía, eso es enseñar. Todo lo demás, ¿qué es? [...] Adapten los maestros esta enseñanza a la pobre pequeñez de nuestra humildad, y verán que el sacrificio es mar fecundo de bendiciones que se le entran por las puertas de su clase». (*ivi.*, p. 315)

Preguntas para la reflexión personal:

¿Qué lugar ocupa el servicio de la caridad en mi ser de maestro-docente? ¿Qué resistencias internas encuentro a la hora de sacrificarme con gozo por el bien de los alumnos y el resto de compañeros? ¿Qué ejercicio de la caridad podría llevar a cabo de manera conjunta con los alumnos y/o el resto de compañeros?

Síntesis final: el gran mosaico de la misión

Como hemos advertido, la tarea de la Iglesia se realiza de manera poliédrica, como una especie de gran mosaico conformado por los diversos carismas que el Espíritu Santo reparte entre sus miembros. Sin embargo, al igual que para que podamos apreciar la belleza de un mosaico hemos de tomar distancia, hasta poder divisar todas y cada una de las teselas que lo conforman; para completar la tarea de la Iglesia —nuestra misión— hemos de tener en cuenta todos y cada uno de los elementos que hemos desarrollado. La tentación, a menudo, sobreviene cuando ponemos el acento en uno sólo de los elementos, o cuando nos cerramos en nuestra parcela particular de la misión, sin tomar conciencia de la necesidad que tenemos de llevar a cabo la misión en comunidad. En este sentido, es especialmente importante saber que la misión la compartimos con toda la Iglesia en el seno de una Diócesis, con unas *Orientaciones Pastorales Diocesanas*, con un conjunto de Delegaciones y Secretariados, de Parroquias, de grupos y de movimientos, con el resto de colegios católicos, etc.

Somos “Diocesanos”, esa es una de nuestras señas de identidad más importantes. Por ello, para concluir esta reflexión concluimos respondiendo de manera personal al último bloque de preguntas.

Preguntas para la reflexión personal:

¿En cuál de los elementos desarrollados (*kerigma-martyria; liturgia; diakonia*) encuentro más dificultad a la hora de desarrollar la misión? ¿Qué puedo hacer para fortalecer las áreas que, actualmente, están más débiles en mi acción misionera? ¿En qué medida me coordino con los demás (alumnos, profesores, compañeros, padres, parroquia, delegaciones diocesanas, etc.) en el desempeño de la misión? ¿Cómo podría acrecentar la llamada del Señor a ser discípulo-misionero en mi realidad concreta de cada día?

Discípulos-misioneros

En este último apartado de nuestra Programación General del Curso, vamos a recoger algunos de los ingredientes que nos ayuden a llevar cabo en nuestros centros una verdadera transformación misionera.

Como en tiempos de Jesús nos podemos sentir perdidos ante la multitud de mandamientos, de textos, de oraciones, de objetivos, etc. Por ello, se trata de ir a lo esencial de la vida cristiana.

Para ello, si miramos la vida de nuestro Señor, descubrimos una serie de elementos que son como los cinco dedos de la mano de un discípulo misionero. Dichos elementos los vamos a denominar los **cinco esenciales o vitaminas de la fe**.

Además, al igual que hemos visto con los elementos que configuran la tarea de la Iglesia, estos cinco elementos no se pueden separar, es decir, están llamados a estar presentes en cada uno de los discípulos-misioneros de manera integral. La trampa en la que es fácil caer consiste en desarrollar dos o tres, olvidándonos del resto.

Vitamina A: La Adoración

El primer ingrediente o vitamina es la **adoración**. Con ella no sólo nos referimos a los momentos de adoración eucarística, que si bien, son muy importantes, no agotan el significado de la adoración. La adoración supone establecer una relación viva con el Padre Dios, a través de Jesús por medio del Espíritu Santo. Adorar a Dios, significa, ante todo, reconocer que Dios es mi Padre, que me ama, y que me invita a establecer una relación de amor, reconociéndome como hijo amado de Dios.

Por otro lado, adorar implica reconocer que sólo Dios es Dios, que no se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos (cf. Hch 4,12), amando al Señor sobre todas las cosas (cf. Mt 4,10), como el más grande, el más hermoso, el más digno de amor. Así, adoramos el misterio de un Dios que nos ha amado hasta el extremo (cf. Jn 13,1),

para que tengamos la vida eterna (cf. Jn 6,54). La adoración nos libera del orgullo de querer ser y nos introduce en el misterio insondable del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor. Nos arrodillamos delante del Hijo de Dios que se ha despojado completamente de sí mismo por amor (cf. Flp 2,1-11). Adoramos el misterio del amor manifestado en la entrega de Cristo en la cruz y lo alabamos por el don de la resurrección. La adoración unifica nuestro corazón en el temor del Señor (cf. Sal 86 [85],11), permitiéndonos entrar en el mismo corazón de Cristo, que es manso y humilde (cf. Mt 11,29).

Vitamina B: Una Bella comunidad

La misión nunca la realizamos solos, de manera aislada, sino en el seno de la comunidad cristiana, de la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo. Es a la Iglesia a la que el Señor le ha encomendado, por medio de los apóstoles, la tarea de hacer discípulos a todos los hombres, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (cf. Mt 28,19).

Por ello, no podemos realizar la misión que Dios nos encomienda más que en el seno de la Iglesia. Precisamente, es en la Iglesia en la que hemos nacido y hemos sido formados, por el bautismo, como nuevas criaturas, como hijos de Dios. Es la Iglesia, como Madre, la que nos sigue alimentando, sobre todo, con el don de la eucaristía. Es la Iglesia, la que nos sigue reconciliando con Dios por medio del sacramento de la penitencia. Y, finalmente, es la Iglesia la que nos envía, de manera especial, por medio del sacramento de la confirmación a ser testigos de la Buena Noticia.

Es más, Jesús en la oración sacerdotal de la última cena oró para que podamos ser uno, precisamente, para que el mundo pueda creer que Jesús es el enviado de Dios (cf. Jn 17,21).

Por otro lado, hoy más que nunca, en una sociedad en la que se ha exacerbado el individualismo, es necesario presentar, como propone la segunda línea de trabajo de las *Orientaciones Pastorales Diocesanas*, proporcionar oportunidades para experimentar una auténtica comunidad eclesial.

Vitamina C: Configuración con Cristo

En tercer lugar el discípulo-misionero es alguien que tiene un deseo sincero y profundo de configurarse cada día más con Cristo. Dicho de otro modo, desea que Cristo sea formado en él (cf. Gál 4,19). Para ello, es fundamental, como María, dejarnos hacer por el Espíritu Santo, por la gracia de Dios. Así pues, dicha configuración que se lleva a cabo mediante la escucha atenta de la Palabra de Dios, acogiendo la gracia sacramental, especialmente, uniéndonos a Cristo en la eucaristía, para ser por él transformados.

Por otro lado, cabe decir que la configuración con Cristo, que se inició el día de nuestro bautismo, engloba toda nuestra existencia. En este mundo, todavía nadie ha alcanzado la meta definitiva, que es Cristo, sino que corremos hacia ella, olvidándonos de lo que está por detrás y lanzándonos a lo que está por delante (cf. Flp 3,12-14).

Se trata, en definitiva, de cumplir en cada uno de nosotros la vocación a la santidad, de tal manera que podamos vivir y ser en verdad hijos de Dios.

Vitamina D: Disponibilidad para el servicio

San Pablo en la primera carta a los Corintios describe la comunidad cristiana como un gran cuerpo, formado por muchos miembros, donde cada uno tiene una función que realizar en beneficio del conjunto (cf. 1 Cor 12). Así, también cada uno de nosotros hemos sido bendecidos con una serie de dones, de talentos, de carismas, no para que nos engriamos, sino para que los pongamos al servicio de los demás. Siempre que Dios nos bendice, lo hace para convertirnos en fuente de bendición para otros. Por ello, es clave que descubramos los dones que Dios nos ha dado y que los pongamos al servicio de los hermanos, siendo la caridad el don que integra y sobresale entre todos los dones (cf. 1 Cor 13).

Además, la Iglesia en su conjunto está llamada a ser servidora, tomando como modelo a nuestro Señor que no ha vino a ser servido sino a servir (cf. Jn 13,14).

Vitamina E: Evangelización

Esta última vitamina es la que nos permite adoptar el estilo de una Iglesia en salida, lo que supone, además, haber integrado las vitaminas precedentes. En vano tratamos de evangelizar sino nosotros mismos no hemos sido ya evangelizados por el encuentro personal con el Dios vivo. Este tesoro de amor y de alegría que el evangelizador ha experimentado, es el que le empuja a comunicárselo a sus hermanos (cf. 1 Cor 9,16).

El amor de Dios, que nos ha transformado en testigos, en apóstoles valientes de la Buena Noticia, no se anuncia jamás forzando las puertas, sino aprovechando todas y cada una de las oportunidades que se nos presentan. Como nos ha recordado el Papa Francisco «la Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción» (Audiencia general de 11 de enero de 2023).

Esta última vitamina sintetiza todo el recorrido de la vida cristiana, y nos convierte en discípulos misioneros, fortaleciendo nuestra propia fe al compartirla con los demás (cf. RM 2).



FUNDACIÓN DIOCESANA DE ENSEÑANZA
MANUEL SIUROT